

Antecedentes históricos de la Rusia moderna y su proyecto euroasiático, dentro de la etapa de sistema multipolar eurocéntrico

Ramiro Ordoqui

La Federación de Rusia, fundada en diciembre de 1991, está compuesta por ochenta y cinco sujetos federales de competencias variadas que a su vez la convierten en el país más extenso del mundo. Considerada como la heredera en recursos y responsabilidades de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, que dominó gran parte de la escena internacional durante los más de 40 años que duró la Guerra Fría, su historia se remonta cientos de años atrás. A fines del siglo XV, varios principados dejaron la categoría de Rus y se registra la utilización de *Rossía* para denominar un gran número de pueblos diseminados a lo largo de un territorio que respondían a Moscú como capital por primera vez de un Estado (Bushkovitch, 2013, 49).

El status actual de Rusia, superpotencia energética y militar, miembro del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, promotora de distintas organizaciones internacionales como la Unión Económica Euroasiática o los BRICS, la hace poseedora de un relato sumamente influyente en la escena internacional que en ocasiones no se condice con sus capacidades. Lejos de los primeros lugares en PBI per cápita y fuera de los primeros diez países en PBI nominal, su protagonismo se sustenta en un importante peso regional y el liderazgo personalista de quien conduce los destinos de las políticas públicas de su país desde el año 2000, el presidente Vladimir Putin. Este último, objeto de análisis por propios y ajenos, parece haber encontrado recientemente algunos límites a su popularidad, ágilmente salteados en el holgado triunfo electoral que obtuviera al impulsar un referéndum a la constitución nacional de su país.

En el presente trabajo se intentará demostrar que existe una relación entre sucesos acontecidos durante la etapa del Sistema Multipolar Eurocéntrico (SME) que involucran al aquel entonces Imperio Ruso y la actualidad de Rusia, o, al revés, que parte de lo que hoy se percibe como proyecto político ruso tiene un correlato histórico de larga data.

En cuanto al **marco teórico** para analizar los hechos acontecidos en el SME, es conveniente apelar al realismo clásico que desarrollaran autores como Morgenthau, por características de las relaciones internacionales de ese entonces como la centralidad del Estado, la vinculación conflictiva entre los mismos y la obtención del poder como objetivo único (Barbe, 1987, 154). Esta estructura multipolar, que abarcó el período comprendido entre los años 1648 y 1914, contó con varios poderes hegemónicos en disputa, entre ellos Rusia, que lograron mediante diferentes coaliciones establecer un orden basado en los principios de la *razón de Estado* y *balance de poder*. En el primero de los casos, la obligación de los gobernantes se enfocaba en lograr las mejores condiciones de vida para su pueblo (Kreinbohm a), 10) y en el segundo buscaban romper las tendencias hacia un orden hegemónico unipolar mediante una serie de reglas (Kreinbohm a), 12). En cuanto al objeto particular de estudio, los hechos que se tomarán como parte histórica de la Federación de Rusia se encuentran dentro del período de génesis del SME, lo que evidencia la falta de preponderancia de este Estado durante el desarrollo de la etapa en cuestión, a pesar de ser una de las potencias que conformaron la pentarquía europea dominante.

Respecto a la actualidad, el abordaje sobre la política exterior de la Federación de Rusia es más complejo, ya que el propio desarrollo de la disciplina que estudia este campo encontró nuevas teorías

que permiten profundizar sobre los métodos apoyados en las instituciones regionales (neoinstitucionalismo¹ e interdependencia²), la influencia militar (realismo³) y la expansión cultural (soft power⁴). En todos los casos lo que se buscará exponer es el hilo conductor entre los actuales objetivos y aquellos que permiten justificar la existencia de un “ser ruso” a lo largo de la historia.

EL SER RUSO, EL PROYECTO EUROASIÁTICO Y LA FEDERACIÓN DE RUSIA

Una de las características más importantes del proceso político que ha llevado a Rusia a recuperar parte de su influencia en la escena internacional es la ponderación de un estilo propio fácilmente identificable. La apelación a una “vía rusa” por parte del presidente Putin, cómo líder inexpugnable, es un recurso discursivo que implica un proceso de construcción desde el inicio de su primera presidencia en el año 2000. Esta idea, de impronta nacionalista, está vinculada a la historia y un supuesto derecho que las acciones pasadas y la importancia rusa en la construcción del orden mundial a lo largo de distintos períodos le dan. En línea con la recuperación de un espacio gravitante en las decisiones globales, esta referencia al pasado para instrumentar acciones presentes aumenta la hipótesis sobre un vínculo invisible entre ambas versiones de Rusia, la del Imperio y la Federación. La vía rusa apela a la valentía del pueblo que en 1812 expulsó a las fuerzas napoleónicas, a la vez que destaca actuales valores como el patriotismo, la fe ortodoxa o la tolerancia multiétnica (Eltchaninoff, 2015, 87). Como prueba fehaciente de este fenómeno, el 25 de abril de 2005, durante un discurso en el Consejo de la Federación de Rusia, Vladimir Putin enaltecó por primera vez “una vía que le sea propia” a su país, e instó a sus compatriotas a defenderla durante los años siguientes.

El desarrollo de este concepto está ligado a otro también importante que es el del proyecto euroasiático, cuya relevancia se encuentra solapada en la obvia presencia de Rusia a lo largo de todo el territorio que considera su vecindario y supo pertenecer tanto al Imperio como a la URSS. Argumentada como teoría política de largo antecedente, entre sus intelectuales se incluyen autores como Savitski⁵ y su afirmación sobre un tercer continente entre Europa y Asia, Trubetskói⁶ y la justificación a través de las lenguas; aunque desde mitad de la última década del siglo pasado se ha visto un renacer discursivo representado en el mensaje de Iván Duguin. Para este autor “el eurasiatismo es una filosofía, un proyecto geopolítico, una teoría económica, un movimiento espiritual, un núcleo para consolidar un largo espectro de fuerzas políticas” (Duguin, 2016, 58). El aprovechamiento del auge de esta tesis en términos políticos y comerciales ha sido una de las grandes ventajas de Duguin, quien recorre el mundo promoviendo esta original vía que busca ponerle fin al liberalismo. Pese a no existir reconocimiento oficial de la relación entre el filósofo y el gobierno, la prioridad de atención a la política exterior ejecutada sobre las áreas que comprenden Rusia, Bielorrusia, Ucrania, Asia Central y el Cáucaso,

1 El institucionalismo entiende a las instituciones como herramientas de los agentes para lograr objetivos y, a su vez espacios de cooperación con ganancias distribucionales (Vargas, 2008, 3).

2 La interdependencia supone tres condiciones en el marco de las relaciones internacionales: canales múltiples que conectan a las sociedades, ausencia de jerarquía en los temas de la agenda interestatal y la fuerza militar no es usada cuando existe una relación de interdependencia (Keohane y Nye, 1988, 41).

3 El realismo implica tres supuestos: los Estados dominan la política mundial, la fuerza es el elemento más eficaz para relacionarse y esto implica una jerarquía que pone a los problemas de seguridad internacional como los más importantes (Keohane y Nye, 1988, 39).

4 Soft power o poder blando se refiere a la capacidad de un actor internacional para influir en otros mediante métodos culturales o ideológicos, en ocasiones encubiertos en cooperación académica, lingüística, artística, literaria, etc.

5 P. N. Savitskij (1895-1965) geógrafo y economista (Duguin, 2016, 1)

6 N. S. Trubetskoi (1890-1938) filólogo y lingüista (Duguin, 2016, 1)

siempre fue destacada en el Kremlin pese a la disputa que sobre su manejo estratégico proponen actores como China, Turquía, Irán, la Unión Europea o los propios Estados Unidos.

Tanto la vía rusa como el proyecto euroasiático, solo pueden entenderse como importantes y de pertenencia histórica a la actual Federación de Rusia en el marco de distintas acciones concretas que permiten hacer comparaciones atemporales en la búsqueda de objetivos propios de una potencia.

En primer lugar, se destaca la Unión Económica Euroasiática (UEE), institución creada entre otras cuestiones para asegurar parte de los intereses rusos en su histórica zona de influencia. Sin embargo, fue el ex presidente de Kazajistán, Nursultán Nazarbayev, quien promovió la idea original en una visita a Moscú durante el año 1994, valiéndole esto el reconocimiento del propio Putin en 2012 cuando durante una reunión bilateral le confesara “usted es el verdadero autor”. Más de 25 años después, y desde el 1° de enero de 2015, la UEE es una organización que alcanza a 183,8 millones de personas, un 2,4% de los pobladores del planeta, de las cuales 94,3 millones son consideradas trabajadores activos⁷. Su potencial, más allá de la capacidad de reunir a varios países dentro de un marco de consenso económico y aduanero, está vinculado a la energía con el 14,5% de la producción petrolera a nivel mundial y el 20,2% de gas. Lo que en otros tiempos implicaba la anexión de nuevos territorios para lograr incrementar el poder de un Estado, hoy se puede encuadrar en parte en la capacidad de influencia que transmite comandar una institución regional que promueva la libre circulación de servicios, bienes, capitales y mano de obra con un mercado desbalance en la relación de sus miembros. Así se infiere que la búsqueda de engrandecer Rusia es común a Putin y Pedro el Grande, el primero nacido y el segundo fundador de San Petersburgo, aunque el actual presidente ya no ostente en su despacho el cuadro del primer Emperador como lo hiciera durante los años ‘90 (Eltchaninoff, 2015, 31).

Otro punto importante es la carrera que recuperó Rusia desde el año 2000, y fundamentalmente luego del hundimiento del submarino Kursk, por obtener el grado de superpotencia militar. La historia de Rusia se encuentra plagada de grandes victorias entre las que destacan la del 9 de mayo de 1945 sobre la Alemania Nazi, o la que marcó el principio del fin de las ambiciones de Napoleón Bonaparte y será retomada más adelante para argumentar en favor de este hilo conductor pasado-presente. Según el Instituto de Investigación Internacional para la Paz de Estocolmo (SIPRI)⁸, Rusia es la cuarta potencia militar por inversión en defensa a nivel mundial. Durante 2019 gastó 65.000 millones de dólares, lo que significa un incremento del 4,5% comparado a 2018; y el 3,9% de su PBI, colocándola en la parte superior del ranking de los países por este rubro también. La intervención en Siria y la actual posición respecto al conflicto que padece Libia, son decisiones del gobierno de Rusia en favor de ampliar sus alianzas y agenda, aunque también una necesidad de ejercitar tantas fuerzas y recursos activos.

El último ítem a conectar entre pasado y presente, tiene que ver con la posibilidad de exportar la perspectiva rusa desde la cultura, generando así nuevos canales de vinculación con el mundo. La cantidad de escritores, pintores y músicos que dieron en otro tiempo fama mundial a un Estado mayormente relacionado con lo salvaje, siguen siendo hoy en día herramienta de acercamiento para las distintas representaciones en el exterior de la Agencia Federal para los Asuntos de Colaboración con la Comunidad de Estados Independientes, Compatriotas en el Extranjero y Cooperación Humanitaria Internacional, popularmente conocida como Rossotrudnichestvo⁹. Con 78 sucursales alrededor del mundo, desde América Latina a África, y especialmente en los países de la Comunidad de Estados Independientes, las palabras de grandes próceres literarios como Aleksander Pushkin amplían su público. Es justamente este último quien al ostentar diversos reconocimientos, como el de empardar la fecha de su nacimiento con el Día de la Lengua Rusa en Naciones Unidas, emerge como exponente de una gran camada de artistas que en otro tiempo lograra romper parte de la gran barrera cultural que

7 <http://www.eaeunion.org/?lang=en#>

8 <https://www.sipri.org/>

9 <http://rs-gov.ru/en>

mantenía a esta potencia del SME en desventaja respecto a los otros miembros de la pentarquía.

Para resumir la importancia de estas tres acciones concretas en la política exterior de Rusia (Unión Económica Euroasiática, participación en la guerra en Siria y Rossotrudnichestvo), y poder luego establecer un paralelismo en la prosecución de objetivos respecto a la historia, se destaca que todos estos puntos están explicitados en el denominado Concepto de política exterior de la Federación de Rusia (aprobado por el presidente de la Federación de Rusia por orden ejecutiva en 2016)¹⁰. En el caso de la integración regional comercial en el artículo 51, en el del apoyo militar en el extranjero en el 93 y el en el “poder blando” el 9, 47 y 48:

51. Rusia ve como un objetivo clave el fortalecimiento y la expansión de la integración dentro de la Unión Económica Euroasiática (EAEU) con la República de Armenia, la República de Bielorrusia, la República de Kazajstán y la República Kirguisa para acelerar el desarrollo constante, la modernización tecnológica y la cooperación integral, mejorar la competitividad de los Estados miembros de la EAEU y mejorar el nivel de vida de sus poblaciones. El objetivo de EAEU es garantizar la libre circulación de bienes, servicios, capital y mano de obra, y ofrecer una plataforma para implementar proyectos conjuntos de infraestructura e inversión. La EAEU se basa en principios universales de integración y está diseñada para desempeñar un papel importante en la armonización de los procesos de integración en Europa y Eurasia.

93. Rusia defiende un acuerdo político en la República Árabe Siria y la posibilidad de que el pueblo sirio determine su futuro basándose en el comunicado de Ginebra del 30 de junio de 2012, declaraciones del Grupo Internacional de Apoyo a Siria y las resoluciones pertinentes del Consejo de Seguridad de la ONU. Rusia apoya la unidad, la independencia y la integridad territorial de la República Árabe Siria como un Estado secular, democrático y pluralista con todos los grupos étnicos y religiosos que viven en paz y seguridad y disfrutan de los mismos derechos y oportunidades.

9. Además de los métodos tradicionales de diplomacia, el "poder blando" se ha convertido en una parte integral de los esfuerzos para lograr los objetivos de política exterior. Esto incluye principalmente las herramientas ofrecidas por la sociedad civil, así como diversos métodos y tecnologías, desde información y comunicación, hasta humanitarios y otros tipos.

47. Rusia busca garantizar que el mundo tenga una imagen objetiva del país, desarrolle sus propias formas efectivas de influir en el público extranjero, promueva los medios de comunicación en ruso y ruso en el espacio de información global, brindándoles el apoyo gubernamental necesario, sea proactivo en cooperación internacional de información, y toma las medidas necesarias para contrarrestar las amenazas a su seguridad de la información. Para ello se utilizan nuevas tecnologías de información y comunicación. Rusia tiene la intención de promover un conjunto de normas legales y éticas con respecto al uso seguro de dicha tecnología. Rusia afirma el derecho de toda persona a acceder a información imparcial sobre desarrollos globales y varios puntos de vista.

48. Una mayor participación de los académicos y expertos de Rusia en el diálogo con especialistas extranjeros en política global y seguridad internacional es una de las áreas del desarrollo de la diplomacia pública.

Percibiéndose como una nación con siglos de historia y la obligación de jugar un papel influyente en el plano internacional, la actual Federación de Rusia busca con políticas públicas de alto impacto generar certidumbre en un mundo de aceleración histórica que poco puede aportar al respecto.

RECUPERAR LA HISTORIA COMO FORTALEZA ESTRATÉGICA

“La política de contención de Rusia, que se aplicaba en el siglo XVIII, y en el XIX, y en el XX continúa hoy. Constantemente intentan arrinco-

10 https://www.mid.ru/en/foreign_policy/official_documents/-/asset_publisher/CptlCk86BZ29/content/id/2542248

narnos porque tenemos una posición independiente, porque la defendemos, porque llamamos las cosas por su nombre y no recurrimos a la hipocresía”.
V. Putin, marzo de 2014¹¹.

En la elección de tres procesos y hechos históricos personalísimos, con fuerte marca en la historia de Rusia, hay una voluntad de recuperar lo planteado en la introducción como hilo invisible entra pasado y presente de un Estado de peso en el orden mundial. La constante influencia en su vecindario, con repercusión en la relación con el resto de los actores importantes de la sociedad internacional, la ponderación de la fortaleza militar que se repite no solo en el ejemplo aquí planteado sino también a lo largo de la historia, y la penetración cultural en sus objetivos estratégicos, son componentes visibles de un pasado descrito a continuación.

PEDRO I, EL FUNDADOR

Pedro I Alekséievich, apodado Pedro el Grande, fue uno de los más reconocidos gobernantes de Rusia. Primero Zar, y luego Emperador y Autócrata de Todas las Rusias hasta su muerte en 1725, gestó la irrupción de su país en las grandes discusiones internacionales. Su influencia hasta el presente es indiscutible y se lo asocia en ocasiones al componente expansionista del ser ruso, como la necesidad de garantizar fronteras seguras a un Estado que carece en ocasiones de límites naturales y depende del éxito de sus salidas los mares. No casualmente, el actual presidente Vladimir Putin solía ostentar un cuadro con su figura cuando era funcionario municipal en San Petersburgo a inicios de la década del 90, en la ciudad que el propio Pedro fundó y con quien comparte objetivos vinculados a la modernización y el reposicionamiento de Rusia en el plano internacional (Gólcher Barguil, 2017, 10). No sin suspicacia, lo críticos a su figura endilgan al emperador haber definido un estilo de liderazgo que, aún persistente, tiene obsesión por nombrar sucesores de manera personal (Sebag Montefiore, 2017, 15).

El quinto monarca de la dinastía Románov sentía el poder de una manera particular, motivo suficiente para que luego de dos meses de celebración -tras el definitivo éxito militar contra Suecia en 1721¹²- aceptara una oferta del Senado que convertía a Moscovia en Rusia y a él mismo en el emperador de ese nuevo sujeto político constituido (Sebag Montefiore, 2017, 189). El propio gobernante entendía su responsabilidad como la de “llevar constantemente en su alma la pesada carga del bienestar del Estado y del consuelo de sus súbditos”, como se revela de la correspondencia que solía mantener con sus colaboradores más cercanos (Des Cars, 2015, 81). En las horas previas a uno de sus triunfos militares más reconocidos, en la Batalla de Poltava, su arenga demostró a las tropas de su ejército no solo el sueño que Pedro tenía de una Rusia grande y poderosa, sino también lo que el estaba dispuesto a hacer en virtud de construir ese poder al servicio de su país, llamando a los soldados a combatir “por el Estado... no por Pedro” y asegurando que él no daba “ningún valor a su propia vida, con tal de que vivan Rusia y la piedad la gloria de Rusia” (Sebag Montefiore, 2017, 152). Este hombre de más de dos metros, que con su personalidad hizo honor a su talla, entendió hace trescientos años, como pocos, ese sentimiento que aún perdura en la identidad de su pueblo, mezcla de patriotismo y orgullo, en ocasiones tan difícil de comprender para quienes no pueden separarse de los prejuicios de análisis

11 Palabras pronunciadas durante una sesión extraordinaria del Parlamento ruso, en la Sala de San Jorge del Kremlin, antes de la firma del tratado internacional por el cual Crimea y Sebastópol pasaron a formar parte de la Federación de Rusia, el 18 de marzo de 2014.

12 El 10 de septiembre de 1721, tras la invasión rusa de Suecia que obligara a la firma del Tratado de Nystad, se dio por culminada la Gran Guerra del Norte. Este enfrentamiento, que duró más de 20 años, finalizó con la victoria de Rusia y la expansión reconocida de su zona de influencia en el norte de Europa por sobre los intereses suecos que habían dominado hasta el momento entonces.

formados en teorías occidentales del siglo XX.

Pedro el Grande es considerado el fundador de Rusia por lo antes mencionado, pero también por su capacidad de concentrarse en diversos temas al mismo tiempo, siempre dispuesto a desafiar al mundo con obras monumentales sin importar el costo, tal cual lo demuestra la creación de la ciudad de San Petersburgo (Des Cars, 2015, 65). Mientras que su dinastía, los Románov, debían su acceso al poder a la resistencia a las distintas invasiones extranjeras, el primer emperador obligó a la nobleza de su país a invertir este vínculo en base a la militarización del Estado y la creación de una nueva épica para su pueblo. Él se autopercibía como un señor de la guerra, e hizo mucho para demostrarlo (Sebag Montefiore, 2017, 131).

La vigencia del pensamiento de Pedro I no solo se sostiene en los anteriormente enumerados hechos actuales, sino también en como logró cambiar para siempre a Rusia. Uno de sus biógrafos más notables, el escritor, historiador, filósofo y abogado francés François-Marie Arouet “Voltaire”, brinda la descripción más precisa sobre la magnitud de la transformación rusa que es relevante compartir. En la misma atribuye exclusivamente al gobernante la irrupción de su Estado en los asuntos europeos por sobre su condición cristiana y establece una serie de sucesos exitosos vinculados a las tierras cultivables, el creciente número de súbditos y los ingresos percibidos. Además, la nueva política expansionista le permitió asentarse en territorios en Finlandia, Livonia, dominar a los cosacos y los pueblos de Astracán, establecer expediciones y puertos en el Mar Blanco, el Pontos Euxinos, el Mar de Azov y el Caspio; consecuencia de la creación de la primera marina rusa. Esto se logró en parte a la voluntad del monarca, aunque también requirió del establecimiento de una fuerte disciplina en virtud del desarrollo de industrias, manufacturas, tecnología agrícola y bellas artes. Hasta que surgió la figura de Pedro, Rusia “poseía los territorios más vastos del universo, y todo estaba por hacer” (Voltaire, 1759, 60-61). Este atraso respecto a Europa y anterior a la creación del Imperio, calculado en 200 años, está vinculado a la inexistencia de la Edad Media, el Renacimiento o la tardía recepción del Siglo de las Luces, ya que los rusos recibieron su religión no de Roma sino de la Iglesia de Oriente con todo lo que ello significa en términos culturales (Des Cars, 2015, 35).

Entre los sucesos destacables del gobierno del primer emperador de Rusia se encuentran dos acciones muy particulares, con el mismo formato, aunque en distinta época. Conociendo las debilidades de su país y en post de alcanzar la tan ansiada modernización del mismo, Pedro diseñó los primeros viajes de un monarca fuera de sus tierras bajo el formato de una misión diplomática denominada “embajada”, y de la cual él participaría como un integrante más en su paso por Dinamarca, Brandemburgo, Holanda, Viena, Venecia y Roma. La idea de bajar su perfil para alejarse de sus Estados, con el objetivo de aprender a gobernarlos mejor (Voltaire, 1759, 92), es compatible con la paciencia que todo gobernante necesita para recuperar la distancia que le puedan haber quitado sus competidores en el ámbito internacional. El orden europeo concebido tras los tratados de Westfalia en 1648, excluía a Rusia de todo lo bueno y malo que sucedía, tanto en el centro de la toma de decisiones como el avance tecnológico/cultural; y según Pedro “para mandar, hay que saber hacer” (Des Cars, 2015, 52). En el proyecto de la primera embajada de 1697 el gobernante logró algo magnífico: autoabastecerse de todo el conocimiento posible en función de transmitir el mismo a su pueblo, sin descuidar cuestiones como el reconocimiento militar de nuevas zonas o las relaciones diplomáticas; ya que a pesar de elegir ser un miembro más de su comitiva tuvo encuentros provechosos con el rey Guillermo III en Londres o el príncipe elector de Sajonia, Augusto el Fuerte, entre otros (Sebag Montefiore, 2017, 137-139). En la segunda, de 1716, el objetivo primitivo fue construir una coalición de países para derrotar a Suecia (Sebag Montefiore, 2017, 173). Sin embargo, el logro mayor estuvo lejos de alcanzarse, y el vínculo generado con actores como el industrializado Reino de Francia se destaca sobre los hechos bajo la premisa que “una sola manufactura bien establecida hace tanto bien a un Estado como veinte tratados” (Voltaire, 1759, 92).

Los logros del gobierno de Pedro I hasta el día de su muerte son diversos, y muchos de ellos se

mantiene aún hasta hoy. Voltaire (1759) destaca la incorporación de nuevos territorios que incluyeron “desde el confín del Mar Báltico hasta más allá de las costas meridionales del Mar Caspio”, la creación de un nuevo código en 1722, el control sobre la religión, el renacimiento del comercio exterior ruso, el perfeccionamiento de manufacturas y fábricas, la creación de canales que unieron pueblos, la unificación de pesos y medidas, la regulación de los precios de los alimentos de primera necesidad, la colocación de bombas de incendios, las vallas en las calles, el pavimento urbano, la limpieza, la seguridad, el buen orden, la prioridad otorgada a la fabricación de armas modernas, el estímulo a la producción textil autosuficiente, la explotación minera, el establecimiento de una imprenta con caracteres rusos y latinos, la fundación de escuelas de geometría, astronomía, navegación y la conexión artificial entre el Mar Caspio y el Golfo de Finlandia (pp. 121, 249-251, 253, 258-259, 278). A esto hay que agregarle la ya mencionada creación de la ciudad de San Petersburgo en 1703, y como el emperador ruso fue capaz de realizar esta hazaña sin detener las profundas reformas que promovía para su país (Des Cars, 2015, 64). Además, no conforme con el funcionamiento de su gobierno, en 1711 reemplazó al Consejo de los Boyardos por una nueva institución, el Senado, y un gabinete conformado por nueve ministros que eligió acorde a sus objetivos (Sebag Montefiore, 2017, 165).

En cuanto a la política exterior del período entre 1682 y 1725, existió una relación basada en intereses con cada uno de los actores que interactuó. El pragmatismo fue una característica importante en las relaciones que proponía Pedro I al mundo conocido, donde se priorizó el control sobre las zonas que aún hoy Rusia reconoce como de su influencia, aunque ello llevara a confrontar con terceros, y se buscó la mejor posición posible con el resto en base a negociaciones inteligentes. En el primer caso, con el Imperio Sueco, los choques fueron constantes y llevaron incluso a este último a desaparecer; hecho que para el emperador ruso significó la colocación de “la última piedra en los cimientos de San Petersburgo” (Sebag Montefiore, 2017, 153). Otro rival con el que Rusia confrontó por el control del territorio fue el Imperio Otomano, con quien firmó una paz que incluía entregar a este último los dominios de las provincias de Qazvin, Tauris (hoy Tabriz, Irán) y Yereván (Voltaire, 1759, 278). De Persia, el flamante Imperio Ruso tomó tres provincias que fueron devueltas varios años después de la muerte de Pedro, ya que parecían costarle al imperio mucho más de lo que realmente valían en términos de ejercicio del poder real (Voltaire, 1759, 279). Con el Condado de Holanda el vínculo fue siempre cooperativo y asociado a la admiración que sentía el gobernante por este país donde decidió iniciar su primera embajada y desde donde hizo construir la ya nombrada imprenta bilingüe (Voltaire, 1759, 121). En Curlandia y Sajonia, Pedro logró acordar matrimonios para su familia, lo que le permitió conseguir la expansión del linaje Románov en la realeza europea y conseguir a través de gobernantes dóciles a sus intereses posibles Estados satélites del suyo (Sebag Montefiore, 2017, 167-169). La relación con el Imperio Francés ya fue desarrollada en su segunda embajada, y la misma tenía similitudes a las construidas con el Reino de Gran Bretaña y el Reino de Irlanda, gobernados en ese entonces por la reina Ana Estuardo, de quien se destaca su deferencia sobre Pedro al reconocerlo emperador (Voltaire, 1759, 159). Por último, y con una destacada importancia para entender una de las alianzas estratégicas que generan mayores expectativas a quienes bregan por un orden multipolar en la actualidad, se destaca la relación con el Imperio Chino. Fueron estos últimos los que, ante la amenaza de una guerra, sugirieron a los rusos firmar el primer tratado de paz de su historia, que juraba la paz eterna y logró unificar ambas culturas en un juramento al mismo Dios (Voltaire, 1759, 85-86). Este acuerdo, que era ciertamente ventajoso para ambas partes, se extendió tras la muerte del emperador chino Kang Hsi, y la ratificación al trono de su hijo Yung-cheng, al comercio de caravanas rusas en la frontera compartida (Voltaire, 1759, 254-256).

Las relaciones con Suecia, Turquía, Irán, Países Bajos, Alemania, Letonia, Francia, Inglaterra y China, enumeradas en el último párrafo, son en su mayoría prioridades de la política exterior actual de la Federación de Rusia, por su peso en el terreno del debate sobre el orden cooperación/confrontación internacional y la posibilidad de influir también en su vecindario e intereses próximos. La huella de Pedro I, no solo en la modernización práctica del país sino también en la mentalidad de los habitantes del mismo, es un componente indivisible del ser ruso y el proyecto actual. El cambio que generó en un

Estado que competía por ser definitivamente aceptado en la pentarquía del Sistema Multipolar Eurocéntrico, puede ser comparado con el que vivió Rusia posteriormente al año 2000, tras el colapso de la Unión Soviética y el fallido experimento liberal occidental al que fuera sometido su pueblo.

RUSIA, LA INVENCIBLE

El orgullo ruso por sus logros militares y el recuerdo sagrado a los héroes de sus guerras, es una de las principales banderas que ha recuperado el actual gobierno para su ciudadanía. La reconstrucción de esa memoria incluye el derrocamiento de la Alemania nazi durante la Segunda Guerra Mundial o la celebración del Día de la Unidad Popular, desde el 2005, en honor a la expulsión de las fuerzas de ocupación de la Mancomunidad de Polonia-Lituania en noviembre de 1612. Entre todas las victorias, que son muchas, hay una que sucedió durante el período del SME y tuvo repercusiones en la historia que durarán para siempre: la expulsión del ejército de Napoleón de Moscú y el posterior ingreso de Alejandro I a París.

Si bien existían antecedentes que permitían prever la emergencia de Rusia como actor influyente en la arena militar europea, tales como la victoria de Pedro el Grande en Poltava o los triunfos expansionistas de Catalina II que gobernó con puño de hierro su imperio por más de tres décadas (1762-1796); la Gran Guerra Patriótica o campaña de Rusia, dependiendo a que bando se le pregunte, cambió definitivamente la historia. En el año 1812, casi toda Europa continental pertenecía a un Imperio Francés que acumulaba en sus dominios 20 naciones, 12 lenguas distintas y encontraba al gigante eslavo como único enemigo desde oriente (Fink, 2012). Por su parte, el Imperio Ruso había encontrado en la etapa de maduración del gobierno de Alejandro I una tranquilidad amparada en una mente “fina y sutil”, como lo describiera el canciller austríaco Metternich, y “el don de la confianza”, según la propia nuera de Bonaparte (Des Cars, 2015, 184). La influencia masónica en el emperador permitía identificar la línea humanista de sus acciones y la idea de trascender hacia un orden mundial comunitario. Vale recordar que, para ese entonces, y a pesar de la expansión que Napoleón lograra para Francia, Rusia seguía extendiéndose desde Prusia hasta China y desde el Mar Caspio al Ártico (Des Cars, 2015, 189). En este enfrentamiento de colosos, el emperador Alejandro vio la posibilidad de entablar una cruzada por la salvación de Europa de matices gloriosos y heroicos, aunque es difícil identificar los intereses específicos que dominaron su ímpetu (Paleologue, 1937, 41-42).

A la Gran Guerra Patriótica rusa se llegó tras un proceso cambiante en las relaciones de Napoleón y Alejandro que permite pensar en una motivación personal por encima de las definiciones geoestratégicas. Al triunfo francés en Austerlitz (1805), siguió la decisión unilateral del zar de hacerse cargo personalmente de la política exterior de su país (Sebag Montefiore, 2017, 384), la Paz de Tilsit de 1807¹³ y el deseo frustrado de *le Petit Caporal* de casarse con una de las descendientes de los Romanov que lo impulsara hacia la alianza franco-rusa (Des Cars, 2015, 198-99). “A fines de 1808 y principios de 1809, Rusia era la única gran potencia de Europa que enfrentaba a Francia” (Des Cars, 2015, 200).

La guerra en sí misma fue absolutamente no convencional. Ante el avance de Napoleón, los rusos decidieron incendiar Moscú para evitar rendiciones y sometimientos, y planearon un gran número de enfrentamientos menores en el camino de vuelta que obligatoriamente debieron emprender los franceses llegado el momento. A los inusuales errores del gran estratega francés vinculados al

13 La Paz de Tilsit fueron dos acuerdos firmados por el emperador Napoleón I de Francia en 1807, el primero de ellos con el zar Alejandro I, por el cual se daba por finalizada la guerra entre sus países dejando al resto de los actores europeos en una posición de aún mayor debilidad a la preexistente. Esta paz incluía cláusulas secretas, como la ayuda de Francia a Rusia contra el Imperio Otomano o el apoyo ruso al bloqueo continental contra Gran Bretaña promovido por los franceses.

cálculo sobre el clima y la esperanza de generar un deseo de rendición en Alejandro, siguieron un renacer místico de este último que encontró en Dios la motivación necesaria para justificar su discurso de liberación de Europa. Este arranque de magnificencia se vio coronado el 31 de marzo de 1814 cuando, a bordo de un caballo blanco que le había regalado el propio emperador de los franceses, el zar ingresó a París por la bella puerta de Saint Denis (Des Cars, 2015, 204). En este acto, y con su posterior retirada tras lograr el objetivo para el cual se desplazó más de 2400 kilómetros, Alejandro I enseñó a los otros líderes que lo importante es conquistar ejércitos, no ciudades, como siempre lo había sostenido Napoleón (Sebag Montefiore, 2017, 405).

Desde ese momento y en virtud de los hechos que siguieron a esta victoria militar, no solo Europa, sino que el mundo cambió para siempre. Entre las consecuencias más resonantes siguieron la obligación de Rusia de resolver, como máxima autoridad competente, el destino del líder francés, la restitución de la casa de Borbón en el trono galo y los términos de una nueva paz mundial (Paleologue, 1937, 210). El Congreso de Viena, que marca el fin de la génesis dentro de la etapa del Sistema Multipolar Eurocéntrico (Kreihohm, b), 3-9), fueron una serie de encuentros iniciados en 184 cuando Francisco II recibió a Alejandro I en una fiesta que contaba con la presencia de, además de ellos dos, cinco reyes, doscientos nueve príncipes, veinte mil dignatarios y un sinnúmero de actores secundarios que aportaban lo necesario para una juerga inconmensurable; en la cual el emperador de Rusia había decidido macar el ritmo (Sebag Montefiore, 2017, 420-422). La inclusión y protagonismo de los rusos eran justificados en su accionar central al momento de liberar Europa del yugo napoleónico (Des Cars, 2015, 207) y permitían a este Estado gigante acomodarse en una posición de poder que le sienta cómoda hasta nuestros días.

El enfrentamiento entre Alejandro I y Napoleón fue también uno de interpretaciones sobre el mundo (Fink, 2012, 6). En esa pulseada el francés nunca pudo entender como un pueblo estaba dispuesto a entregar hasta sus propias ciudades a cambio de lograr una victoria que impulsara sus mayores objetivos y llegó a decir que “se ha apoderado de ellos un demonio”. Esta mirada sobre el ser ruso y sus motivaciones persiste en el siglo XXI. Intentar definir las acciones de una sociedad tan particular usando manuales occidentales es un error recurrente en el ámbito de las relaciones internacionales y las ciencias políticas. El orgullo de la sociedad por sus históricas victorias militares trasciende a todas las capas sociales y todas las ideologías, unidas bajo un espíritu que es el mismo que derrotó a Napoleón, al nazismo y propone un orden multilateral con foco en la importancia euroasiática; el espíritu de la Madre Rusia. Como les expresara el propio presidente Vladimir Putin a un grupo de veteranos de guerra y organizaciones patrióticas en enero de 2020, “nuestra memoria no es solo un homenaje al pasado histórico, ella sirve a nuestro futuro, fortalece nuestra unidad” (Russia Today, 2020).

EL PODER DE LA PALABRA

El nacimiento de la literatura rusa, fundada por Aleksandr Pushkin durante las primeras décadas del siglo XIX, es un fenómeno que acompañó a la inserción de este gran Estado en el juego europeo e internacional reconocido hasta ahora. De hecho, el propio presidente Putin aseguró durante su exposición en el congreso de la Sociedad de la Lengua y Literatura Rusia en 2016 que “la conservación del idioma, la literatura y la cultura rusos es un asunto de seguridad nacional, de eso depende el mantenimiento de nuestra idiosincrasia en el mundo global” (Sputnik, 2016). Como ya fue expuesto anteriormente, la pertenencia del gigante euroasiático a la pentarquía que dominó la etapa histórica del Sistema Multipolar Eurocéntrico se dio luego de las reformas impulsadas por Pedro el Grande, creador del Imperio, y tras verse obligada a asumir un rol protagónico en el mundo post Napoleón. La inclusión de sus

obras en los círculos de la aristocracia europea, más allá del idioma en el que fueran difundidas inicialmente¹⁴, impulsó el período de esplendor literario que incluyó autores de la talla de Dostoievsky, Tolstoi, Turgueniev, Chejov, Gogol, Lérmontov, o el propio Pushkin, con plena vigencia en el interés que despertan sus palabras y de quien se agregan algunas consideraciones importantes a continuación.

Aleksandr Pushkin fue el creador de la literatura rusa y es por eso que sus monumentos se encuentran desparramados de a decenas y en todos los lugares del mundo donde su país ha querido rendir homenaje a su propia cultura. Sin embargo, lo que también se destaca en el legado de quien muriera tempranamente tras su último duelo de armas, el número 21, es la fuerza de sus convicciones y el lugar que otorgaba a ellas. Como el mismo dijera, solo creía en “Rusia, su pluma y su pistola”. Pushkin es mucho más que un genio de la escritura, es sinónimo de inteligencia, valentía; es quien fuera elegido por el zar Alejandro II para escribir la biografía de Pedro I, su más grande antecesor, pero al mismo tiempo no permitía salir del palacio a vivir la vida en libertad que el propio poeta pretendía (Página 12, 2014). La explosión de popularidad tras su traumática muerte (en los primeros tres días posteriores al hecho se vendieron 40 mil rublos de sus obras), es un fenómeno que Rusia ha sabido aprovechar hasta la actualidad. La fuerza del bisnieto de Abram Gannibal, “el negro de Pedro el Grande” como el mismo lo llamó en su libro, se expandió también al campo del teatro y la música, en famosas óperas de Tchaivkosky, o al de las relaciones internacionales con la instauración del Día de la Lengua Rusa en Naciones Unidas en honor a la fecha de su nacimiento. Según Gogol, Pushkin fue “un fenómeno extraordinario y acaso la única revelación del espíritu ruso”. El propio Dostoievsky se encarga en su discurso de resaltar esto y agrega, con sobrados fundamentos, la capacidad de su antecesor en la interpretación del ser ruso más puro, su impronta profética que deviene en autoconocimiento, la luz que renueva en el camino tras 100 años de las reformas de Pedro, la posesión de capacidad de resonancia para lo universal por encima de grandes genios de la talla de Shakespeare o Cervantes, y la originalidad de identificarse entre todos los poetas mundiales con la ajena característica nacional. Para Kropotkin, el mérito estuvo en lograr una lengua común que cortó de ataduras a la escritura consecuencia de su genio y el fuego vital que transmitía (Kropotkin, 44-48). En el espejo de Pushkin “ser plenamente ruso, puede que sólo signifique convertirse en el hermano de todos los hombres” (Dostoievsky, 1880).

Con posterioridad al proceso de creación de la literatura rusa fueron muchos los hombres y mujeres que aportaron al desarrollo de la misma. Fue el propio Putin quien confesó tras su encuentro con el Papa Francisco en 2019, que este le había autorizado a revelar que “el Sumo Pontífice les dice a los sacerdotes que sin los libros de Dostoyevski no se puede ser un verdadero sacerdote” (Russia Today, 2019). Es por eso que en la actualidad la inversión en el extranjero para lograr la traducción de las obras rusas clásicas y contemporáneas por millones se ha vuelto una realidad (El País, 2018). No obstante, esto no sorprende a quienes entienden el poder de la palabra dentro del gran juego de posicionamiento político internacional.

CONCLUSIÓN

La actualidad de la Federación de Rusia, su estatus político en el ámbito internacional y la reivindicación del ser nacional como valor transversal al conjunto de la sociedad, son componentes de un patrimonio que tiene sustento histórico. El país que supo ser marginado de las grandes decisiones hasta el asenso al poder de Pedro el Grande, y que gracias a su aporte a varias de las más importantes gestas militares de la historia del continente logró imponerse como uno de los centros de poder real

14 Durante el siglo XII el idioma francés se convirtió en la lengua no oficial de la aristocracia rusa, y este fenómeno siguió influyendo en gran número de escritores que provenían de esta clase social inclusive durante el siglo de oro de la literatura, el XIX (Russia Beyond the Headlines, 2017).

desde entonces, proyecta en Eurasia una manera propia de relacionarse con el mundo.

Su gasto militar y la intervención en los conflictos armados del siglo XXI reivindican el legado de aquellos soldados que liberaron a Europa de Napoleón. Su proyección grandilocuente no tiene nada que envidiarle a la impuesta por su primer emperador Pedro I de Rusia y las plumas de sus escritores le entregan en los más alejados rincones la valoración artística que rompe largos prejuicios. Sobre este último punto, tanto el ya nombrado zar como su sucesor Alejandro I, ambos protagonistas del presente documento, tenían clara la importancia de su alcance. Para Pedro la literatura era un pilar fundamental en el objetivo de alcanzar el desarrollo logrado por el resto del continente, lo que lo llevo a implantar un nuevo alfabeto (utilizado hasta ahora); y para Aleksandr Pávlovich la liviandad con que se vivía en la aristocracia rusa lo puso en una particular construcción identitaria que incluyó masones y terminó en un misticismo cristiano de raíces alemanas (Kropotkin, 29, 34).

En definitiva, para comprender a uno de los países más influyentes del concierto internacional es importante perder la óptica exclusivamente occidental de análisis y valorar la historia que trajo hasta este lugar a los herederos de la dinastía Románov y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, apoyados en una herencia imperial que le otorga un carácter único con base en la fuerza, el control sobre su vecindario y la fortaleza cultural.

BIBLIOGRAFÍA

- Barbe, E. (1987), "El papel del realismo en las relaciones internacionales", *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)*, Madrid, n° 57, pp. 149-176.
- Bushkovitch, P. (2016), *Historia de Rusia*, Madrid: Ediciones Akal.
- Des Cars, J. (2015). *La Saga de los Romanov* (Silvia Kot, trad.). Paris: Editions Plon. (Obra original publicada en 2008).
- Dostoievsky, F. (2005). *La Mansa. Discurso sobre Pushkin*. (Alfonso Nadal y Vera Macarov, trads.). La Plata: Terramar Ed. (Obra original publicada en 1880).
- Duguin, A. (2016), *Proyecto Eurasia*, Madrid: Hipérbola Janus.
- El País (20 de marzo de 2018). Los escritores de la era Putin. Obtenido de: https://elpais.com/cultura/2018/03/18/actualidad/1521372848_871612.html.
- Eltchaninoff, M. (2015), *En la cabeza de Vladimir Putin*, Barcelona: Libbooks.
- Gólcher Barguil, E. (2017), "Pedro El Grande y Vladimir Putin: comparación del expansionismo en la identidad nacional rusa", *Revista Estudios de la Universidad de Costa Rica*, San José, n° 35, pp. 8-23.
- Fink, A. (2012). Bicentenario de la invasión napoleónica a Rusia (1812). Algunas consideraciones estratégicas. *VII Congreso de Relaciones Internacionales*. Conferencia llevada a cabo en el Instituto de Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la UNLP, La Plata.
- Keohane, R. & Nye, J. (1988), *Poder e interdependencia: la política mundial en transición*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Kreinbohm, P. a) *Historia y Relaciones Internacionales. Primera parte: el Sistema Multipolar Eurocéntrico. De la Paz de Westfalia a la Primera Guerra Mundial. Capítulo Uno: La Génesis: de la Paz de Westfalia al Congreso de Viena*. Bibliografía específica del seminario: Historia y Relaciones Internacionales, Argentina: Consejo Federal de Estudios Internacionales.

- Kreinbohm, P. b) *Historia y Relaciones Internacionales. Primera parte: el Sistema Multipolar Eurocéntrico. De la Paz de Westfalia a la Primera Guerra Mundial. Capítulo Dos: El Desarrollo: del Congreso de Viena a la Paz Armada*. Bibliografía específica del seminario: Historia y Relaciones Internacionales, Argentina: Consejo Federal de Estudios Internacionales.
- Kropotkin, P. (1926). *Los ideales y la realidad en la literatura rusa* (Salomón Resnick, trad.). Buenos Aires. M. Gleizer Editor. (Obra original de 1905).
- Página 12 (19 de septiembre de 2014). Pushkin va solo al muerte. Obtenido de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-255602-2014-09-19.html>.
- Paleologue, M. (1937). *Alejandro I* (Armando González R, trad.). Santiago de Chile: Ediciones Ultra.
- Russia Beyond the Headlines (19 de junio de 2017). ¿Por qué los nobles rusos hablaban francés? Obtenido de: https://es.rbth.com/cultura/2017/06/19/por-que-los-nobles-rusos-hablaban-frances_785542.
- Russia Today (5 de julio de 2019). Putin: "El papa les dice a los sacerdotes que sin los libros de Dostoyevski no se puede ser un verdadero sacerdote". Obtenido de: <https://actualidad.rt.com/actualidad/320139-putin-papa-sacerdotes-dostoyevski>.
- Russia Today (19 de enero de 2020). Putin: "Rusia no permitirá borrar la memoria de la Gran Guerra Patria". Obtenido de: <https://actualidad.rt.com/actualidad/340324-putin-tapar-boca-sucia-reescribir-historia-segunda-guerra-mundial>.
- Sebag Montefiore, S. (2017). *Los Romanov 1613-1918* (Juan Rabasseda, trad.). Barcelona: Editorial Planeta. (Obra original publicada en 2016).
- Sputnik (26 de mayo de 2016). Putin: La conservación del idioma y la cultura rusa es un asunto de seguridad nacional. Obtenido de: <https://mundo.sputniknews.com/sociedad/201605261060092659-putin-rusia-cultura/>.
- Vargas, J. (2008), "Perspectivas del institucionalismo y el neoinstitucionalismo", *Fundación Manuel Giménez Abad de Estudios Parlamentarios y del Estado Autonómico*, Zaragoza, pp. 1-33.
- Voltaire (2006). *Historia del Imperio Ruso bajo el reinado de Pedro el Grande* (Cristina Ridruejo Ramos, trad.). Madrid: A. Machado Libros S. A. (Obra original publicada en 1759).